

POR LOS CAMINOS DE EUROPA

Con temor y temblor

Por Ignacio MARTIN-BARO

Con temor y temblor, la Universidad europea abre sus puertas de nuevo a la oleada de estudiantes. Un nuevo curso —piensan los dirigentes—; un curso nuevo —exigen los estudiantes y no pocos profesores—. Y en esta tensión entre lo viejo y lo nuevo, tensión salpicada a menudo por la violencia, se disponen unos y otros a acudir a las aulas universitarias.

Ante la inminencia del curso, Europa entera tiembla. No se aviene a gusto la sociedad establecida a esta inquietud universitaria. Por otra parte, los jóvenes emplean un lenguaje tan radicalmente extraño y desconocido para los adultos, que éstos ni siquiera llegan a entender qué es lo que quieren. Lo que sí entienden y desquicia al ciudadano respetable es la continua perturbación del orden establecido. En todo caso, «la fábrica de títulos académicos» —como irónicamente se le ha llamado— tiene sus máquinas averiadas y esto entorpece el desarrollo de la vida normal. Por ello, el gobernante, el padre de familia, el catedrático, el policía, el periodista, el hombre de la calle, todo el mundo se pregunta si este curso no irá a ser una repetición perfeccionada del curso pasado, es decir, un rosario de incidentes y represiones, de abrir y cerrar puertas, de insultos y reprimendas, de «sentadas» y carreras. Hasta me imagino que más de una pareja universitaria se preguntará si debe establecer su lugar de citas a la salida de las clases o de la Comisaría.

Tres temas absorben a los inquietos en estos días. Tres temas diferentes, pero dirigidos todos ellos a una mejor comprensión del problema universitario.

El primer tema es de orden meramente local. En todas partes se han hecho análisis, más o menos sinceros, más o menos profundos sobre la situación histórica, social y pedagógica de la Universidad. Si mi memoria no me traiciona,

creo que el diagnóstico más agudo sobre nuestra Universidad corresponde a Laín Entralgo —bajo tantos aspectos enraizado en la tradición universitaria española. El diagnóstico no se queda —no se podía quedar— en explicaciones más o menos simplistas, de grupos extremos y minoritarios o carencias materiales. La dolencia es más profunda y nadie puede ignorarlo. Naturalmente, el diagnóstico reviste modalidades diferentes en cada nación, y si en España existe un problema acusado de democratización, en Italia lo es de instituciones y en Bélgica lingüístico. Tras los análisis, las soluciones tomadas o en vía de realización. ¿Serán suficientes? ¿Quedarán satisfechos los estudiantes? No quiero ser agorero, pero mucho me temo que no. Porque, nos guste o no, nos guste, la enfermedad trasciende al síntoma. Y la enfermedad que patentizan los estudiantes es mundial, aunque el síntoma sea nacional.

Un segundo tema que preocupa a los estudiosos del problema universitario es el de la psicología y dinámica de los grupos. Basta asomarse a cualquier librería para comprobar la proliferación de nuevas publicaciones sobre este tema. Las razones de este interés pueden sintetizarse en dos apartados: el uno pedagógico; el otro, social.

La razón social es clara: el estudiante hoy día no protes-

ta personalmente. Son las asociaciones, los grupos, naturales o ideológicos, los que inician una huelga, sabotean una conferencia o presentan una reivindicación. ¿Cómo funcionan estos grupos? ¿Qué intereses los animan, qué ideales los mueven? ¿Cómo se puede influir en estos grupos? ¿De dónde surgen los líderes? ¿De dónde le viene al grupo su capacidad de resistencia, de regeneración, de potencia social, en otras palabras? He aquí algunas de las preguntas que inquietan a los teóricos del problema universitario, y cuyas respuestas podrán aclararnos mucho de los conflictos actuales.

La razón pedagógica es menos clara para el hombre de la calle, aunque sea de una evidencia meridiana para el técnico. La formación humana —que no la simple enseñanza— está encasquillada todavía en unos esquemas anteriores a la revolución industrial. Es un hecho que nuestro sistema educativo no prepara adecuadamente al individuo para una sociedad democrática. Quizás otro día nos extendamos más sobre este tema.

El tercer punto es, tal vez, el más espinoso y de difícil comprensión. El hecho de que los estudiantes empleen un lenguaje revolucionario y que, en el fondo, trasciende con mucho la capacidad imaginativa de la sociedad establecida, imposibilita su análisis y, por supuesto, cualquier tipo de diálogo fructífero. Es algo

que va más allá de un simple conflicto entre generaciones. En esta perspectiva, un nombre empieza a sonar por todas partes: Herbert Marcuse, «el profesor subversivo», como se le ha dado en llamar. Su filosofía —mezcla inteligente de Marx y Freud— respalda la rebelión juvenil, y si bien es cierto que la mayoría de los estudiantes no tienen un conocimiento directo de sus obras, no lo es menos que sus demandas manifiestan un total acuerdo. Simplificando un poco, podemos sintetizar su pensamiento en un rechazo absoluto de la sociedad de consumo en que vivimos, que engulle a la persona humana y la esclaviza a los fines de la producción industrial. Para mí este rechazo absoluto anida en el fondo de toda rebelión estudiantil —muy en el fondo, si se quiere, pero muy real, a fin de cuentas—. Por eso deploro que la enfermedad supere al síntoma.

Con temor y temblor nos acercamos al nuevo curso universitario. Mas también, ¿por qué no?, con optimismo. Ningún problema humano es irresoluble para quien tiene buena voluntad y apertura para el diálogo —saltando por encima de la expresión concreta—. De ahí que las palabras de Hermann de Keyserling nos vengán como anillo al dedo: «No será el domador de las masas humanas el que abrirá la puerta a un futuro mejor; será, como siempre lo fue, el guía espiritual.»

Diario Regional
28 - septiembre - 1968